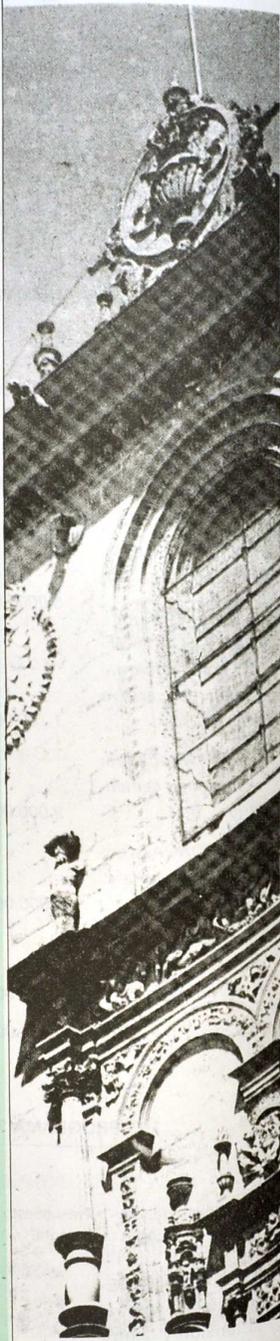


PROGRAMA 3 (ELECTRIFICACION RURAL)

Municipio y denominación de la obra	Presupuesto total	Ayuntamiento	Diputación B. Crédito Local	Aportación otros Organismos y Empresas	Planes Provinciales
ALDEANUEVA DE LA VERA, línea alta tensión a depuradora.....	1.000.000	500.000	500.000		
ALCOLLARIN, conducción energía a motores impulsión agua.....	1.500.000	500.000	1.000.000		
CACHORRILLA, mejora red baja tensión	1.600.000			800.000	800.000
CADALSO, electrificación poblado Las Eras.....	2.500.000		1.500.000	1.000.000	
MOHEDAS, mejora red baja tensión ..	5.500.000			2.750.000	2.750.000
LA PESGA, mejora red baja tensión ..	5.000.000			2.500.000	2.500.000
PESQUEZA, mejora red baja tensión ..	2.860.000			1.430.000	1.430.000
PIORNAL, línea alta tensión a depuradora.....	1.200.000	600.000	600.000		
PORTAJE, reforma red baja tensión ..	5.840.000			2.920.000	2.920.000
PORTEZUELO, reforma red baja tensión ..	3.700.000			1.850.000	1.850.000
SERREJON, reforma red baja tensión	6.600.000			3.300.000	3.300.000
TOTAL	40.300.000	1.600.000	5.100.000	18.050.000	15.550.000

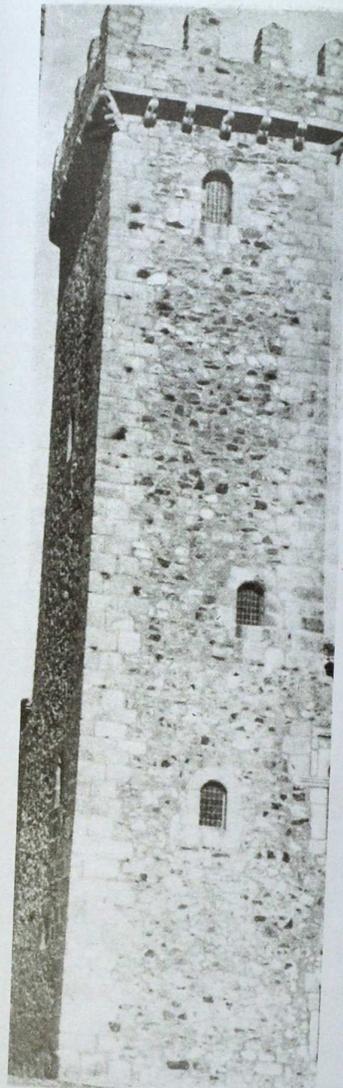
PROGRAMA 6 (ALUMBRADO PUBLICO)

Municipio y denominación de la obra	Presupuesto total	Ayuntamiento	Diputación Fondos Propios B. Crédito Local
ALCOLLARIN, mejora alumbrado ..	1.500.000	500.000	1.000.000



(Sigue en la pág. 126)

RAZON TURISTICA DE CACERES



Es evidente que toda la provincia cacereña encierra en sus amplios límites importantes atractivos turísticos, algunos de los cuales por su singularidad podrían calificarse de muy primera magnitud.

CACERES

Cáceres, la capital, la antigua Norba —dos mil años de his-

BREVE GUIA DE SUS MAS NOTABLES MONUMENTOS

toria—, a través de las diversas civilizaciones que pasaron por su solar, acumuló tantos vestigios históricos que aún hoy nos sorprenden por su perfecta conservación.

Antes de ser Cáceres un núcleo urbano, los terrenos calizos del sur de la ciudad albergaron concentraciones tribales en cavernas prehistóricas, como la de Maltravieso, cuevas que datan del paleolítico superior —veinte mil años— con pinturas rupestres de alta calificación, manos, algunas con mutilaciones, y en tal profusión, que es considerada por los especialistas como la más importante de Europa, después de Gargas, en el Pirineo francés.

Fueron los romanos los fundadores de la actual Cáceres, situada en la vía Lata, la calzada romana que unía, por el oeste, el sur con el norte peninsular, enclave estratégico entre dos ríos importantes. Desde sus atalayas se divisa casi toda la provincia —veinte mil kilómetros—, circunstancia que la hicieron presa codiciable de todos los ejércitos. Romanos, visigodos, almohades, cristianos de la reconquista, señores feudales y los principales protagonistas de la aventura americana, configuraron una ciudadela cuyo recinto amurallado, lo reconoció el Consejo de Europa reunido en Avignon el año 1.968, es el tercer conjunto monumental más importante de Europa (sólo delante de nosotros Venecia y Nuremberg, esta última ciudad arrasada durante la última guerra y reconstruida en su totalidad)

El milagro del Barrio Gótico cacereño es su fantástica con-

servación. Su porqué. Cualquier elucubración por nuestra parte tendría su buena dosis de atrevimiento. Podríamos aventurar que los nobles cacereños, muy apegados a sus tierras, tardaron más que otros en entregar las riendas de sus bienes a unos administradores asalariados y largarse a la Corte; también podríamos apuntar la maravillosa clase del granito cacereño que proporcionó los sillares para la eternidad. Lo cierto es que visitar hoy ese rectángulo irregular amurallado, constituye un encanto turístico difícilmente superable.

Junto a la Plaza Mayor, la Puerta Nueva o Arco de la Estrella, nos abre su entrada. Apenas superado el arco —difícil arco carpanel, en esviajes y de tres centros— y con sólo mirar de un lado a otro, se pierde la realidad y los siglos XV y XVI se nos echan encima. Después, todo es mágico, como de encantamiento.

Podríamos ahora pormenorizar la historia y arquitectura; de la joya plateresca de los Gólfines de Abajo, de la noble traza del palacio de Carvajal, del encanto de ese rincón de excepción formado por el ábside de San Mateo, la Casa del Sol y la Torre de los Plata. Resultaría fatigoso para un artículo periodístico sin más pretensión que la de mostrar las razones turísticas de la provincia.

La ciudad monumental cacereña es una de ellas y con fuerte categoría.

Algunas generalidades para abrir boca. El conjunto cacereño está formado por una brillante exposición de palacios señoria-

les de los siglos XV y XVI, en realidad pequeños castillos con su torre defensiva, aunque los hay hasta con cinco baluartes.

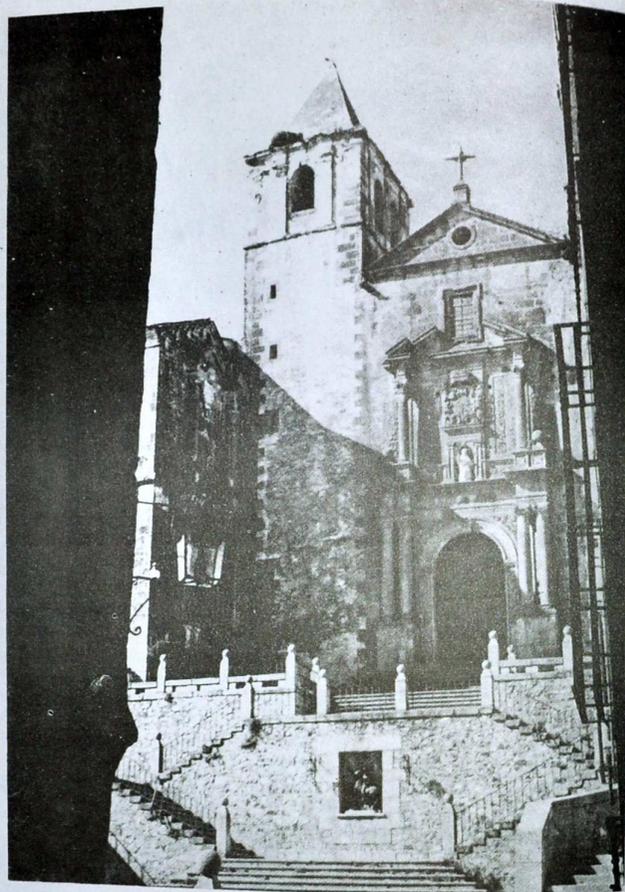
No son ni dos ni tres, ni una docena; es una ciudad. Se suceden los unos a los otros.

El visitante se sorprende. "¿Es posible?", es su interrogación constante. Si una plazuela es armoniosa, la próxima lo será más. En todo el recorrido la admiración será su compañera y tendrá la sensación de irrealidad, como de dulce pesadilla. No hay énfasis en estas afirmaciones. El que dude, que venga y lo compruebe. Fachadas de sobrio alfiz, balcones esquinados, una colección-heráldica única —del sencillo blasón del siglo XV al barroco del XVIII—, sin olvidar las tarjas germánicas y borgoñonas del XVI. Y por todas partes, rompiendo la sencillez de los sillares, la ventana mudéjar, de doble arquería túmida y parteluz de alabastro. El aljibe del palacio-museo de Las Veletas, por sí solo, justifica una visita a Cáceres. Monumento almohade del siglo XI, es único en España. Su rival, en el mundo, la Yerebatan Sarayi, de Estambul, pero esta cisterna tiene aditamentos y reconstrucciones. Es una experiencia inolvidable bajar al aljibe por una estrecha pasarela y ver rielar leves luces amarillas en sus aguas negras.

Recorrer el Barrio Viejo cacereño, adentrarse en sus callejas medievales, respirar el fresco hábito de sus patios renacentistas, donde la columna toscana de basa ática nos trae recuerdos de las loggias florentinas, es una sensación imborrable. Cuando después de varias horas de vivir en un mundo recóndito, vuelve al siglo XX con sus estridencias, el turista lanza su última mirada a la acrópolis cacereña, inundados ahora sus chapiles y almenajes por un sol mortecino que dora sus piedras y sólo acierta a musitar la frase grabada en su conciencia: ¿Es posible?

GUADALUPE

En el límite sureste de la provincia, en la abrupta comarca de las Villuercas, el Monasterio de



Guadalupe, es otra de nuestras razones turísticas.

Aquí el turismo se conjuga con el fervor religioso; incluso para un agnóstico visitar Guadalupe es una experiencia interesante.

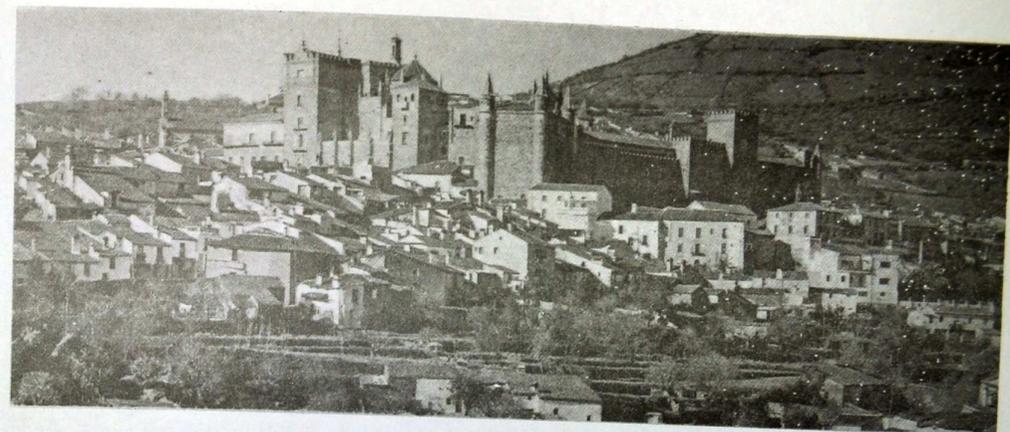
Se llega a Guadalupe por una carretera serpenteante, en medio de un paisaje bravo y sobrecogedor que nos empequeñece; camino iniciático, remedo del laberinto de tantas catedrales góticas y de repente, la luz y el Monasterio aparecen y se apaciguan nuestros temores.

Inmensa mole arquitectónica, sin embargo, quizá por lo apuntado de sus archivoltas o por el rosetón festoneado y las torrecillas angulares de vidriados chapiteles, hacen grácil, la

pesada fábrica de este monasterio fortaleza, levantado en el siglo XVI para dar acomodo a la Virgen con más arraigo popular en España y América.

La Virgen negra de Guadalupe, cuenta la leyenda, fue tallada —como todas las vírgenes negras medievales— por San Lucas; escondida por manos piadosas para librarla de los gentiles, se le aparece a un humilde vaquero cacereño, vecino de la calle Caleros. Dicen que fue ella la que ganó la batalla del Salado y que Alfonso XI, agradecido, la dotó de este templo alcázar, donde la solidez del gótico se aúna con la sensual filigrana mudéjar.

Aquí, en este rincón casi olvidado de la geografía cacereña, vinieron a pedir o dar gracias las



más conspicuas figuras de nuestra historia: Alfonso XI, los Trastámaras, Colón, el Gran Capitán, don Juan de Austria, Hernán Cortés, el rey Don Sebastián de Portugal, Felipe II, Cervantes y tantos otros que con dádivas y donaciones hicieron que Guadalupe alcanzase un esplendor inigualado. Es por esto por lo que el Monasterio atesora entre sus muros insólitas realizaciones artísticas capaces de satisfacer los más exigentes paladares turísticos.

La sacristía guadalupense atrae nuestra atención. Es un dechado de exquisita decoración. Refulgen los oros en bellas y armoniosas composiciones y todas las gamas se disponen para resaltar los serenos lienzos de Zurbarán, porque aquí se encuentra la mejor colección del pintor de Fuente de Cantos.

Arriba, en el camarín de la Virgen, otra buena muestra pictórica: los cuadros de Lucas Jordán adornan los entrepaños de este recinto majestuoso, entre brillantes jaspes y las inquietantes esculturas de las bíblicas mujeres fuertes, esculpidas por Luisa Roldán, "La Roldana".

Encanto ancestral tienen sus claustros, por lo conseguido de su arte y la serena paz que se respira en ellos. Así es, lo mismo en el claustro gótico mudéjar, con su templete de refinada ornamentación de azulejos coloreados, como en el gótico de flamígeras tracerías. En la igle-

opinión

TURISMO Y RELIGIOSIDAD

J.L. MAJADA

¿Y por qué no hablar de un turismo religioso en Cáceres? ¿Y por qué no pensar en el turista creyente? Lo frecuente en este tema son los lamentos por los estragos que una masa amorfa de turistas infiere con su frivolidad a manifestaciones de la religiosidad colectiva en tal o cual fiesta, en tal o cual procesión. Pero también existe el turista creyente, que no asiste como espectador al espectáculo, sino que se integra con respeto y con fe en la piedad colectivamente manifestada de éste o de aquel lugar y participa en ella.

Nunca olvidaré la resistencia que un "empalao" de Valverde de la Vera ofrecía a su propia publicidad en una entrevista que le hacía un locutor de TVE. El buen hombre le enseñó al locutor que la religiosidad no es un espectáculo turístico y comercial, manipulado por las gigantes fuerzas de los medios de comunicación moderna: su gesto, sus motivaciones, sus sentimientos eran "suyos" y temía el buen hombre que airear alto tan personal viciase de raíz la intimidad de su devoción y de su promesa. El buen hombre se quejaba de tanto coche, de tanto forastero, de tanta bulla como invadía su pueblo en la noche del Jueves Santo. Desde entonces creí en los "empalao" y crecieron mis deseos de conocer sus ritos, sus pasos y su religiosidad. Aún no he podido realizar este deseo, pero sé que el año que yo vaya acompañar como penitente interior, no lo presenciaré como un extravertido turista.

Guadalupe, en las fiestas del 8 de septiembre, ofrece una ocasión de devoción mariana muy seria y de mucho cuidado: Aún existe el fenómeno de las peregrinaciones andantes y bien nutridas. 40, 70, 100 kilómetros a golpe de calcetín por el norte y desde Navalmoral y la Vera; por el oeste y desde Zorita y Logrosán; por el sur desde Villanueva y Don Benito y por el este desde tierras y pueblos de Toledo.

Yo experimenté en el año 1977 la ruta norte desde Peraleda de la Mata: 70 kilómetros en dos jornadas, a la hora de la fresca, bañándome en el Ibor cuando el calor. En el camino conocí jóvenes de la Vera peregrinos andantes a Guadalupe. Nunca olvidaré la emoción de la llegada, la hospitalidad de las Damas de Guadalupe, la afluencia, la convergencia de cientos y cientos de personas caminantes como yo por unas y otras rutas. Niños, muchachos, jóvenes, personas mayores, casi ancia-

nos.

Las peregrinaciones medievales son un antecedente del fenómeno turístico como fenómeno de masas y Guadalupe conserva actitudes y detalles de la más exquisita hospitalidad. Guadalupe hostel, hospital, hospedería de peregrinos. Desde el pedúlvio con agua salada y cama y fonda que desinteresadamente recibí en Bohonal de Ibor, casa del señor don Tomás González de Orellana y su esposa Teodora. Vencida la desconfianza de los momentos iniciales, me sentí querido, mimado, favorecido por el mero hecho de ser peregrino andante de Guadalupe. Ellos saben que nunca lo olvido.

Te velan por el camino, mochila y gorra, y te preguntaban por tus motivaciones más íntimas: ¿Qué le ha pasado a usted? ¿Cuál ha sido su promesa?

— Va usted muy escotero...

Yo entendí: Va usted con mucho calor, desabrochada la camisa, escotado. Pero una legua más adelante alguien volvió a decirme lo mismo:

— Va usted muy escotero...

Varias veces oí la misma palabra y me pico la duda de si aquello era un elogio o un reproche. ¿Iba yo furtivo, como un ladrón? ¿Iba yo raudo, como un atleta olímpico? ¿Cómo iba yo al ir tan escotero?

En Castañar de Ibor, hospedado en casa de Juan Fuentes, un albardero de los pocos que quedan, con una familiaridad doblemente agraciada por ser yo un extraño, Juan Fuentes y su esposa Amparo me explican la palabra:

— "Escotero" quiere decir que va usted sin bestia
— Que va usted solo y andando, sin caballería.

"Escotero" por lo que veo es casi sinónimo de "peatón" en un tiempo en el que la sociedad aún no estaba motorizada. Los peregrinos medievales iban a Guadalupe por todos estos andurriales, tan escoteros como yo.

Ya en la puebla, te instalas como puedes porque todo Guadalupe, en la noche del 7 al 8 de septiembre, es una hospedería. Te duchas, te aseas y te sientas en una cafetería de la plaza a beber un refresco con una gota estimulante de ginebra. Y ves llegar a gentes y gentes, derrenegados, polvorientos, sudados, la barba crecida. Todos van al santuario,



sia, y en su interior, todo lo que se pida: sillería de nogal de Alejandro Carnicero, la altiva reja, el retablo esculpido por Giraldo de Merlo y el hijo del Greco, pinturas de Carducho y de Caxes...

Los sepulcros, admirables, el de los Velascos, de Anequín Egas, con el tiempo gótico detenido en rostros, ropajes y actitudes del conmovido grupo. También los de Enrique IV de Castilla y su madre María de Aragón; sus momias reposan en la cripta y casi nadie sabe que por puro azar se descubrieron en el año 1.947. Otro sepulcro, con figuras de madera dorada: el del príncipe Dionisio de Portugal, el hijo de la desventurada Inés de Castro y de don Pedro de Portugal...

Algunas cosas más de Guadalupe —todo es imposible—: Taller de ricos paños de hilos de oro y plata con engarces de piedras preciosas, los libros corales de mejor iluminación que se conocen: El primer libro extremeño salió de sus prensas y las iniciales disecciones anatómicas sobre cadáveres se practicaron en su escuela de Medicina.

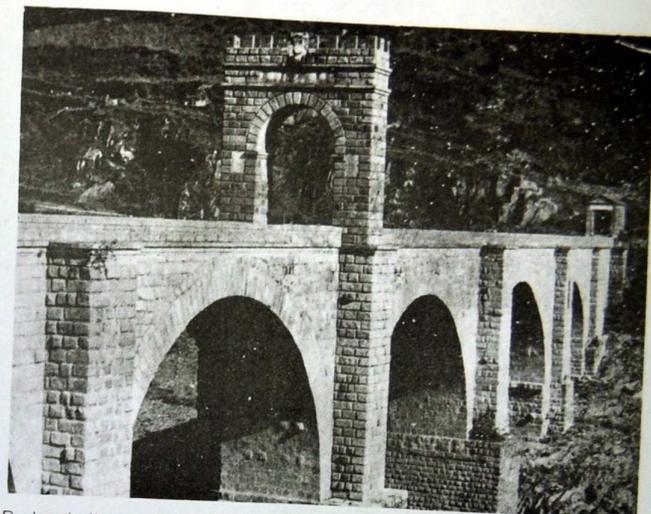
Guadalupe, otra razón turística cacereña, que no defraudará a ningún visitante.

ALCANTARA

Allí, en el confin occidental, donde el Tajo se incrusta en Portugal, la villa de Alcántara se adormece. Tuvo gran importancia, en el pasado. Aquí se fundó la Orden Militar de Alcántara, la de los caballeros de la cruz verde flordelisada. Es la patria chica de San Pedro de Alcántara, confesor de Santa Teresa y ejemplo de virtudes.

Del pasado esplendor de la villa alcantarina le quedan restos de la muralla y castillo; una iglesia, Santa María de Almocóvar, de romántica fachada; laudes sepulcrales, el soberbio sepulcro de alabastro del comendador Bravo de Jerez y unas tablas de Luis Morales.

A pocos pasos, el conventual de San Benito, casa matriz de la Orden de Alcántara, monumento arquitectónico de buena clase. Lo hizo, y bien que se nota,



Pedro de Ibarra, uno de los mejores arquitectos del renacimiento español. Algo maltratada su fábrica, conserva las esbeltas naves de adornos platerescos

y sus bóvedas de crucería festoneada.

Y no muy lejos de la villa y sobre el río Tajo, el puente de Alcántara, otra poderosa razón turística cacereña. El puente, obra pública romana con veinte siglos de buena función, se presenta a nuestros ojos como una de las más acabadas muestras del arte de Roma en nuestra patria. Seis arcos y cinco pilares sobre el río español más indomable. Desde lejos brillan sus sillares graníticos, ajustados, de perfecta alineación en sus perfiles.

Pero el puente de Alcántara hay que verlo desde cerca, si no la vista nos causará malas pasadas porque el ojo no puede con su gigantesca perspectiva. Bajemos el ribero, encrespado y pizarroso, y abajo, con el río pegado a nuestros pies, admiremos los sillares de granitos, ciclópeos —tres filas, la altura de un hombre— y debajo de uno de sus arcos miremos hacia arriba, al intradós del arco de medio punto. Es como una bóveda de cañón catedralicia.

El río por aquí es angosto, su cauce de turbión, con trece metros de profundidad, y toda su fuerza no ha podido ni en sus furiosas crecidas doblegar a este gigante tan majestuoso como las montañas que le sirven de estribos. Tiene 71 metros de altura.

a la Virgen, lo primero. Por el arte con que suben la gran escalinata ves la dosis de cansancio y de fatiga que traen en sus cuerpos.

Por la noche, el Monasterio no cierra. Claustros, dependencias e incluso el mismo templo sirve de hostel, de hospital, de hospedería —repite la idea por enfatizarla—. Las gentes duermen en el suelo, en los bancos. Hay un novicio que ofrece agua fresca en un botijo de barro. ¡Dios, qué gracia: un fraile con un botijo así! ¿Y por qué hemos perdido el gusto de estas cosas tan sencillas, tan fraternas, tan franciscanas? ¿Es que la hospitalidad no es acaso una de las más antiguas y bíblicas versiones de la caridad y de la fe? "Muchos, sin ellos saberlo, hospedarán ángeles", que dice el libro de Tobias.

Aquella noche dormí, me dormí delante de la Virgen de Guadalupe, como tantos peregrinos andantes. También a las madres les gusta ver dormir a sus hijos, comentaba Teresa Lisieux cuando, a la hora difícil de maitines, no podría resistir el sueño en el coro de su convento carmelitano.

Aquella noche hice un propósito que aún no he cumplido y voy a cumplir ahora: Pedir a los obispos cacereños una guía para este turismo religioso, para que conozcamos y vivamos esos tesoros de fe popular, todavía vírgenes. Claro que si las avalanchas amorfas y frívolas van a asfixiar la fe de nuestros "empalao" y de nuestros peregrinos andantes, mejor es que la desconozcan. Retiro mi ruego y mi pregunta.

En aquel duermevela delante de nuestra Virgen morena, oí algo muy antiguo y ancestral, un girón de nuestro folklore que me devolvía a la vivencia de mis reflexiones anteriores sobre el turismo antiguo de los romeros a Guadalupe:

Virgen de Guadalupe
dame la mano
para subir la cuesta
de Puertollano



DESDE LUEGO LOS ESPAÑOLES HAN CAMBIADO MUCHO DESDE AQUELLOS TIEMPOS GLORIOSOS DEL TURISMO. ¿VERDAD INGRID?

PUES SI, ANTES SE DESHACIAN POR LAS SUECAS... Y AHORA SON ELLOS LOS QUE SE HACEN EL SUECO...

J. Gallages

ra y 194 de longitud.

Reinando Trajano en Roma, el arquitecto Cayo Lucio Lacer, lo levantó para asombro de los siglos.

TRUJILLO, PLASENCIA Y LO DEMAS

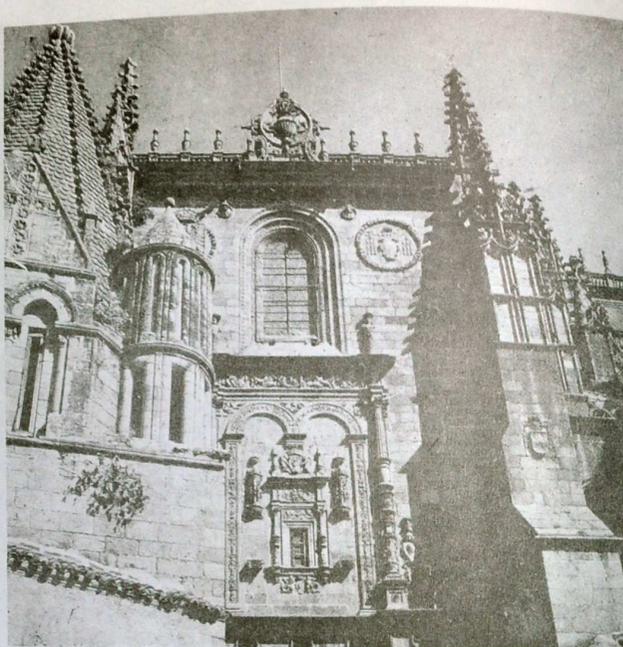
Pero ni Cáceres ni Guadalupe ni Alcántara, son piezas únicas en el mosaico turístico provincial. Por la ancha geografía cacereña se multiplican variados enclaves turísticos, todos muy aprovechables.

A cuarenta y tres kilómetros de la capital, Trujillo, solar de conquistadores, es digno de ser visitado. Sus hijos ilustres, desde los hermanos Pizarro, hasta Francisco de Orellana y el Sansón extremeño García de Paredes y el aluvión de hidalgos trujillanos que fueron a las Indias al socaire de Nicolás de Ovando, dejaron la impronta de sus ilustres linas en esta villa, que fue ciudad desde los tiempos de Juan II.

Hay, pues, para el turista un sinfín de emociones en el Trujillo actual. Se conservan muy bien el castillo, las casas blasonadas de noble estirpe, iglesias como la joya románica de Santa María, con un retablo de Fernando Gallegos, maravilla del arte gótico del siglo XV; su bella Plaza Mayor, presidida por la estatua ecuestre de Francisco Pizarro, causa a la vista un encantador efecto; el castillo en lo alto lejano, la iglesia de San Martín, los palacios del Marqués de la Conquista, de los Duques de San Carlos y las múltiples torres del entorno, dan a esta parte de la urbe trujillana un ensueño de pasadas grandezas.

Junto al río Jerte, Plasencia, con sus dos catedrales, es también un punto de atracción turística.

Dos realizaciones arquitectónicas de indudable valor. Bien conjuntadas, si la catedral románica gusta por su recio sabor y el arcaísmo bizantino de su cúpula, la gótico-plateresca nos embelesa por la gracia de sus encajes, pináculos y cresterías. Los mejores maestros constructores



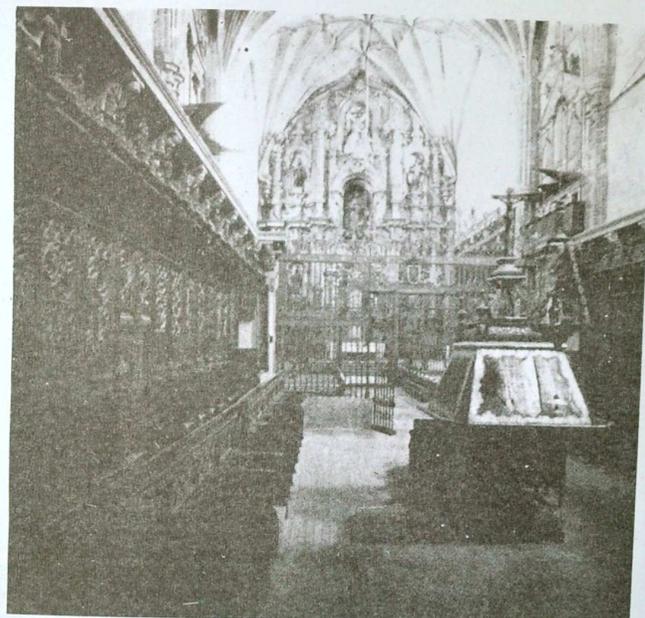
de la época intervinieron en su edificación. Alonso de Covarrubias, Diego de Siloé, Gil de Hontañón, Juan de Alava y Francisco de Colonia, juntaron sus saberes para formar una obra modelo en su estilo.

En el interior la alta bóveda de crucería se sostiene por pilares sin capiteles, original detalle

que los hace más esbeltos y airoso... En abundancia, arte para todos los gustos, trabajos de los Churriguera, de Rizi, de Gregorio Fernández; el sepulcro en mármol del obispo de Plasencia e Inquisidor General don Pedro Ponce de León, orante, es un prodigioso estudio fisonómico. La sillera del coro, en nogal, la hizo

Cazar en Cáceres

LAS ESPECIES CINEGETICAS DE LA PROVINCIA Y SU LOCALIZACION



nada menos que Mateo Alemán, con difíciles trabajos de taracea, y dejó en las misericordias de los asientos críticas a las costumbres no muy santas de la época. La reja del coro y la puerta de la sacristía, son otros detalles para detenerse y remirar a conciencia.

Plasencia tiene, además, iglesias y edificios civiles en tal abundancia y méritos, que harán muy agradable la estancia en esta pujante y floreciente ciudad.

También a Coria, que posee una catedral digna de conocer, obra de Pedro de Ibarra, con aditamentos posteriores de Manuel de Lara Churriguera. O Yuste, en el marco paradisíaco de la comarca de la Vera, refugio elegido por Carlos V para su tránsito.

PERDIZ ROJA

Muy abundante en la provincia, existe principalmente en la zona de Valdehúncar, Villar del Pedroso y Belvis de Monroy y en la de Tejedá del Tiétar, Alcántara, Piedras Albas y Estornino, así como en los llanos de la Sierra de San Pedro. En el resto de la provincia es menos abundante, aunque frecuente, salvo en las partes de sierra y montaña.

CONEJO

Muy abundante también en la geografía cacereña antes de la conocida enfermedad de la mixomatosis. En la actualidad quedan zonas muy características en las que se encuentran importantes colonias, zonas éstas definidas por la formación geológica del suelo (berrocales), en las que los conejos constituyen sus madrigueras. Son las más destacadas las de Trujillo, Plasenzuela, la del Salor, Cáceres, la de Garrovillas, parte de Plasencia, Oliva, Malpartida de Plasencia, Belvis de Monroy y Navalморal. Por lo demás, existen en toda la provincia, aunque han desaparecido por completo en pequeñas áreas.

LIBRE

Muy abundante en ciertas zonas de toda la provincia, a pesar de



En Arroyo de la Luz, además de contemplar la iglesia de la Asunción, rara muestra del arte manuelino portugués, se puede admirar en su retablo la más completa colección de tablas de Luis Morales.

Acabemos esta sucinta descripción de nuestros valores turísticos, injustamente olvidados por esas multinacionales que encauzan la corriente turística a lugares de su particular interés. A Cáceres sólo nos falta una inteligente y constante promoción que dé a conocer las bellezas de nuestra provincia y la saque del olvido y la indiferencia.

por J. A. OLIVER MARCOS